

RESCATES, RÉPLICAS Y CONTRARRÉPLICAS

Una guerra absurda e indigna

Marea de ratas

ARTURO ECHEVERRI MEJÍA

El Peregrino Ediciones, Bogotá, 2015, 204 pp.

EN LA historia de la literatura colombiana se suele asignar la etiqueta de “novelas de la Violencia” a aquellas obras que relatan historias sucedidas durante la denominada época de la Violencia, entre los años de 1946 y 1957. La narración suele estar enmarcada en el conflicto armado de la época, dando cuenta de los horrores y las injusticias cometidos en nombre de los dos partidos políticos enfrentados: el liberal y el conservador. La crítica suele dar poco valor literario a muchas de estas obras y arguye que se limitan a describir escenas sangrientas y escabrosas, a denunciar los actos de violencia, dejando de lado el valor estético, sin cuidar la forma, el estilo y el lenguaje.

Como afirma Augusto Escobar Mesa en su ensayo “Literatura y violencia en la línea de fuego”:

(...) en esta novelística no importan los problemas del lenguaje, el manejo de los personajes o la estructura narrativa, sino los hechos, el contar sin importar el cómo. Lo único que motiva es la defensa de una tesis. No hay conciencia artística previa a la escritura; hay más bien una irresponsabilidad estética frente a la intención clara de la denuncia. (p. 116)

Sin embargo, como plantea Laura Restrepo en “Niveles de realidad en la literatura de la ‘violencia’ colombiana”, a un grupo de novelas que empezaron reaccionando a los horrores de la violencia con “la presentación de corte naturalista de los hechos” (p. 127) se sumó la producción de novelas de mayor calidad estética: “Las páginas plagadas de violaciones y cortes de franela fueron desapareciendo, en tanto que se escribían obras que no necesitaban relatar un solo crimen para captar la ‘violencia en toda su barbarie’ ” (p. 127).

Tal es el caso de *Marea de ratas*, novela de Arturo Echeverri Mejía que fue publicada por primera vez en 1960 y que El Peregrino reeditó en 2015. La novela, aunque relata hechos crudos y dolorosos, no se queda en la descripción naturalista de la violencia sino que cuida el lenguaje, piensa la estructura y construye cada uno de los personajes. Es decir que, como diría Restrepo, hay una “elaboración poética” del relato y sus personajes poseen una “subjetividad rica en contenidos” (p. 127).

Arturo Echeverri Mejía nació en Rionegro, Antioquia, en 1919; fue marino de la Armada y en la Escuela Naval se especializó en arquitectura naval. Se le recuerda como un hombre aventurero por hazañas como la de 1946, cuando construyó una embarcación para navegar desde el Putumayo hasta Cartagena atravesando las aguas del río Amazonas y las del mar Caribe, aventura de la que surgió su primera obra literaria, *Antares*. Pero además vivió de primera mano la época de la Violencia cuando se fue a vivir al Bajo Cauca antioqueño, donde fue perseguido debido a sus denuncias contra la policía.

Fue allí donde Echeverri Mejía escribió algunas de sus novelas más conocidas, incluida *Marea de ratas*.

La novela inicia con la escena de un hombre que está recluso en una celda esperando la muerte. El lector cree que este tal Juan Bergchem va a ser el protagonista de la historia, pero en las últimas líneas del primer capítulo el narrador aclara: “Esta, sin embargo, no es la historia de un hombre. Es la historia de muchos hombres, de una aldea de pescadores donde un día cualquiera llegó la plaga vestida de verde, con botas negras y largos bastones brillantes” (p. 11).

Es, pues, la historia que empieza cuando a un pueblo de pescadores llega el ejército a propagar el terror, comandado por el sargento, un personaje cruel, la verdadera encarnación del mal. El sargento llega a destituir al alcalde y a tomarse todo el pueblo, instaurando un régimen de terror: la mayoría de los habitantes son del “otro bando” y por eso son sospechosos y aniquilados poco a poco. Sabemos que se trata de un pueblo de mayoría liberal, pero el narrador nunca lo dice de forma explícita. El hecho de que omita deliberadamente la etiqueta evidencia una intención en la novela: no importa de qué bando son, este libro no es una pieza de propaganda liberal para denunciar los delitos conservadores; lo que denuncia es lo absurdo de la imposición de un bando sobre otro.

La novela hace énfasis en la idea de que la guerra es irracional, es un sinsentido. En ese pueblo nadie sabe de política, a nadie en realidad le importa, pero al llegar el ejército a imponer el régimen conservador, se altera la paz por cuestiones de “color” de partido: “El color de ‘ellos’. ‘Ellos’ desean que nosotros, que somos de los ‘otros’, pensemos como ‘ellos’ ” (p. 42).

Es absurdo también el concepto del “otro”: los habitantes del pueblo son seres sencillos; pero, aunque parecen “elementales”, son los verdaderos sabios de la historia. En un diálogo al inicio de la novela, un pescador le dice a otro, cuando hablan de los soldados, de la guerra y de ellos mismos:

Nosotros no sabemos de nada. A duras pena embutimos estopa, pescamos mariscos y peces y nos acostamos con nuestras mujeres (...). Mira esas casas —prosiguió—. Esas casas las hacemos nosotros, y tejemos esas redes y forjamos esos arpones. ¿Estás viendo? Nosotros sabemos hacer muchas cosas... Y vivimos. Dime: ¿de qué viven los soldados? (p. 15)

La conclusión de los pescadores es que los soldados saben hacer la guerra, “van a la guerra y la hacen”:

—A mí no me gusta la guerra... ¿Por qué diablos hay guerras? (...)

—Porque hay soldados. Si no hubiera soldados no habría guerra. (p. 16)

Lo absurdo de la situación se ve reflejado en ese simple diálogo: es el otro lo que incomoda; y la guerra, que es lo que les da de comer a los soldados, necesita de otro bando para existir. En este pequeño y tranquilo pueblo de pescadores no hay un conflicto entre los dos partidos: los liberales son mayoría solo por cuestiones de

herencia, de tradición familiar. Poco a poco la situación se vuelve más difícil y absurda. De un lugar pacífico, se pasa a un infierno, en el que se buscan culpables en todo y se asesinan hombres y mujeres a partir de acusaciones falsas y delitos inventados. Y en la historia los liberales también quedan mal parados, pues es evidente que dejan solo al pueblo en su defensa.

Por otro lado, hay una crítica muy fuerte a la religión católica en la figura del cura del pueblo, quien es aliado del sargento. En la novela, este personaje es caracterizado como un hombre que, a sabiendas de que está actuando en contra de sus propios fieles, no logra apartarse de la influencia del sargento. Esto causa una división aún mayor entre “ellos” y los “otros”, pues, como afirma uno de los pescadores, los conservadores se apropiaron de la religión, la hicieron suya y dejaron al pueblo “sin religión”, sin en qué creer.

Esta falta de religión es solo parte del despojo al que se ve sometido el pueblo. La educación le fue arrebatada, pues el profesor era liberal y fue destituido de su cargo, y el ejército hizo su cuartel en la escuela; tampoco hay comida, pues la pesca está controlada y restringida, y mucho menos cualquier asomo de diversión, pues antes de que caiga el sol todos los habitantes están en sus casas, encerrados. Es el despojo de la dignidad y de la vida como antes las conocían.

Llama mucho la atención el abundante uso de diálogos. Aunque esto suele ser una característica de muchas novelas pobremente escritas, en el caso de *Marea de ratas* sucede lo contrario: a través de los diálogos el lector es capaz de ver y sentir las escenas, de escuchar a los personajes, de conocerlos. Su psicología y sus acciones quedan perfectamente develadas en los diálogos, lo que vuelve innecesario que el narrador los presente o haga descripciones exhaustivas. Los diálogos, así como el planteamiento de las escenas, también le dan cierto aire teatral a la novela. Se deja adaptar perfectamente a una obra de teatro, pues los personajes a veces se nos presentan como en las tablas de un escenario.

Vale la pena destacar la reedición que hace El Peregrino. No importa si esta novela se remite a una época específica de la historia de Colombia: por un lado, leyéndola conocemos o recordamos nuestro pasado, un pasado que no se puede olvidar porque mucha sangre se derramó en esa lucha bipartidista; pero además es una reflexión sobre lo absurdo de la guerra, lo bajo que puede llegar a caer un ser humano cuando tiene armas, hombres bajo su mando y mucha ambición de poder y control. Creo que la editorial hizo una apuesta al reeditarla en 2015, durante los diálogos de paz con la guerrilla de las FARC: otro conflicto, otros actores, pero al final el mismo territorio, el mismo pueblo y la misma guerra, absurda e indigna.

Valeria Baena Robledo